

LA COYUNTURA LIBANESA EN LA CRISIS DEL CERCANO ORIENTE

El ataque de unos comandos del ejército de Israel contra el aeropuerto libanés de Beirut fue comienzo de una etapa completamente nueva, y en cierto modo inesperada, de la crisis del Cercano Oriente. Entre los aspectos morales de las consecuencias del ataque, resaltó desde el primer momento el de que hubiese sido realizado contra el país más débil del Oriente árabe o arabizado; un país que, por otra parte, no había participado en la guerra de junio de 1967 y que, además, carece de un ejército propiamente dicho. Otro aspecto fue el que, al proceder así Israel, trató de crear un precedente abusivo de desprecio a las normas internacionales, puesto que Israel dijo haber atacado el aeropuerto de la capital libanesa, porque de él habían partido los dos pasajeros (apátridas con pasaporte Nansen) que fueron a dar un golpe en Atenas contra un avión israelí. Porque si se atacase a los aeropuertos en razón de las intenciones de los viajeros, ¿qué pasaría, por ejemplo, cuando en Sudamérica ciertos aviones son desviados de sus rutas por agentes guerrilleros de otros países? En todo caso (y dejando a un lado simpatías o antipatías), la mejor impresión fría y objetiva sobre el episodio de Beirut fue, sin duda, la del ponderado *Journal de Genève*, cuando dijo: «Israel exagera». Después, la condena unánime de Israel por el Consejo de Seguridad pudo parecer un triunfo del sentido de la justicia; pero resultó inútil e inaplicable al resultar evidente que no se puede obligar a Israel sin un acuerdo previo de las Grandes Potencias. Así cuando Nixon tomó posesión de la presidencia de los Estados Unidos, la clave de todo volvió a correrse hacia Washington.

De hecho, en la segunda mitad de enero, el interés general y los comentarios de la Prensa mundial volvió a quedar polarizado sobre la proyectada conferencia conjunta de Norteamérica, la Unión Soviética, Gran Bretaña y Francia, según las líneas iniciales de la sugestión hecha por De Gaulle en diciembre y

el plan soviético de enero sobre el llamado «Oriente Medio». Pero en relación con los aspectos regionales arábigos de aquel Oriente y sus prolongaciones, la agresión al aeropuerto de Beirut ha creado una «coyuntura libanesa», como nuevo modo de enfocar los problemas panárabes y sus posibles consecuencias internas.

Comenzando por volver al suceso de Beirut, y resumiendo las informaciones muy extensas que entonces dieron la Prensa diaria y las radios, ocurrió que cuatro helicópteros de las fuerzas aéreas israelíes, cuidadosamente camuflados, se posaron en las pistas de las líneas aéreas comerciales libanesas, cargados de soldados que, lanzando explosivos y elementos incendiarios, destruyeron 13 aparatos. Luego se marcharon tranquilamente, en vista de que en el aeropuerto civil de Beirut no se creía necesario la existencia de protección militar. Poco después, un comunicado radiado del gobierno de Tel Aviv dijo que el ataque había tenido por objeto «demostrar que todas las líneas aéreas son vulnerables». Así dicho ataque fue a continuación condenado por la Asociación de Transporte Aéreo Internacional (L. A. T. A.) con sede en Montreal.

Las primeras impresiones y los primeros comentarios mundiales fueron, en su mayor parte, desfavorables a Israel. Lo mismo ocurrió en los sectores gubernamentales de la mayor parte de los países; incluso aquellos sectores más afectos al sionismo. Por ejemplo, en Washington, el presidente Johnson y sus colaboradores se encontraron en una situación muy difícil, puesto que el Líbano siempre había sido considerado como uno de los Estados del mundo árabe mejor relacionado con Norteamérica. Incluso el mismo Johnson dijo que el «raid» israelí podía considerarse como «un grave error y un acto insensato». En la irritación de los sectores oficiales, vinculados con la Casa Blanca, pudo influir en que el ataque a Beirut se hubiese producido apenas veinticuatro horas después de que se hubiese anunciado el acuerdo israelí-norteamericano para entregar entre 1969 y 1970 50 aviones «Phantom».

Entre tanto, el Consejo de Seguridad se reunió el lunes 30 del mismo diciembre, bajo la presidencia del delegado de Etiopía, Endelkachen Makonen, para examinar una queja presentada por el Líbano, y después una contra-queja israelí. La del Líbano protestaba del acto de agresión y pedía la aplicación de las sanciones previstas por el capítulo 7 de la Carta de la O. N. U. La réplica del delegado de Israel presentó el golpe de Beirut como represalia por el del aeropuerto de Atenas. El delegado norteamericano condenó el «raid» israelí como un acto que producía indignación por ir contra la libertad de la aviación civil, y añadió que el ataque contra el aeropuerto libanés «creaba un nuevo

motivo de peligro en Oriente Medio». En general, ninguno de los oradores que tomaron parte defendió la tesis israeliana. Al final, el Consejo de Seguridad en pleno condenó a Israel en una Resolución, que comprendía los cuatro puntos siguientes: Condena por acción militar premeditada, violando la Carta de la O. N. U.; consideración de que tales actos premeditados de violencia ponen en peligro el mantenimiento de la paz; solemne advertencia a Israel de que el Consejo de Seguridad podría tomar «posteriores medidas»; y consideración de que el Líbano debe ser indemnizado.

A pesar de su unanimidad y su severidad verbal, la condena del Consejo de Seguridad fue vista con cierta indiferencia y desconfianza por los Estados árabes, porque éstos hacen suyo un comentario del ponderado *New York Times*, en que este Diario decía que, respecto a resoluciones, sanciones, acuerdos de la Grandes Potencias, etc., el verdadero problema no es el de saber lo que haría faltar hacer en el Oriente Medio, sino quién puede imponer tal o cuál arreglo». Así, los Estados de la Liga Árabe tienden ahora a volver a su fórmula interrumpida de las «Conferencias Cumbres», aceptando una sugestión del rey Hussein para que la quinta cumbre se celebre en Rabat.

En el Líbano, el ataque al aeropuerto produjo una serie de reacciones locales que no sólo se refirieron al ataque mismo, sus consecuencias, la queja ante la O. N. U. la peligrosidad israelí, etc., sino que pusieron en entredicho la eficacia de los gobernantes libaneses; e iniciaron una «incomodidad interna», «en la cual se manifestaron bastantes factores de tensión y equilibrio, como para dar el traste con todo el régimen nacional libanés».

La primera reacción oficial de los gobernantes de Beirut fue enfática y grandilocuente, pues el Jefe del Gobierno, Abdullah Yafi, proclamó que el ejército libanés se encontraba desde hacía tiempo sobre las fronteras y había tomado las medidas necesarias para garantizar el territorio nacional. Después, el ministro de Asuntos Exteriores, Hussein Ueini, afirmó que el Líbano se defendería solo y que su gobierno no pedía ninguna garantía para su defensa. Sin embargo, el Líbano sólo cuenta con 12.000 hombres armados profesionales, que más bien desempeñan el papel de una especie de gendarmería aumentada. Así, al reunirse el día 3 los diputados de la Cámara de Representantes, la sesión fue un tremendo alboroto, que se prolongó hasta bien entrada la noche; entre los opositoristas que pedían la implantación del servicio militar obligatorio, y los gubernamentales que proponían pedir a la O. N. U. el envío de un contingente internacional de tropas neutras; análogas al que desde 1957 a 1967 estuvo apostado sobre las fronteras egipcio-israelíes. Dichos gubernamentales

decían también que el alistamiento, la instrucción y el armamento de los jóvenes reclutas, exigiría gastar 300 millones de libras libanesas, cuando el presupuesto estatal anual es sólo de 480 millones.

En cuanto a los referidos jóvenes, el siguiente día 4 se sumaron a una huelga simbólica proclamada por los estudiantes de las cuatro universidades de Beirut. Los estudiantes exigían procesamiento de los jefes y militares culpables de negligencia en la defensa; la movilización general del pueblo libanés por la instauración del servicio militar obligatorio (comenzando por los estudiantes como voluntarios); la fortificación de las aldeas fronterizas a Israel; y la solidaridad con la «resistencia» palestina. Además, pedían la dimisión del gabinete, Yafi, si éste se sentía incapaz de responder a los deseos juveniles.

El día 7 el ministro del Interior, Pierre Guemayel, afirmó su convicción de que *«le pacifisme a été payant»*; y que lo único que el Líbano debe hacer es confiar en la O. N. U. para vivir al abrigo de cualquier amenaza sionista e israelí. Casi al mismo tiempo se supo, con sorpresa general, que acababa de celebrarse en la frontera una entrevista de representantes oficiales libaneses e israelíes; en presencia de un coronel francés, antiguo presidente de la comisión de armisticio libanesa-israelí, que funcionó desde 1949 a 1967. Así creció la repulsa hacia el gabinete de Abdullah Yafi, que el día 8 hubo de presentar su dimisión al presidente de la República, Charles Helu. Después fue encargado de formar nuevo gobierno Rachid Karam. Es decir, el jefe del partido Frente Democrático Parlamentario, que tiene a la vez un contenido nacionalista y arabista. Los principales puntos de vista de partido habrán sido precisamente los que pocos días antes habían inspirado las peticiones de defensa nacional hechos por los estudiantes de las universidades católica, protestante, musulmana y civil. Así se confiaba en que Rachid Karam era el hombre más idóneo para formar un gabinete de concentración en un momento crucial, especialmente difícil.

Rachid Karam, que ha ocupado seis veces la presidencia del Consejo de ministros durante los últimos catorce años, es el político musulmán-libanés que cuenta con el mayor número de amigos entre los notables cristianos. Fue, además, uno de los organizadores en 1958 del levantamiento contra el entonces presidente de la República, Camille Chamún, cuando éste quiso prolongar ilegalmente su permanencia en el poder. Karam actuó entonces como defensor revolucionario de la voluntad popular; pero con un sentido constructivo moderado, muy difícil de sostener en un país de una estructura estatal tan com-

plicada, que los cargos públicos y los puestos parlamentarios se distribuyen proporcionalmente entre las distintas confesiones religiosas.

Un ejemplo muy característico es la composición de su Cámara de Representantes, que fue elegida entre marzo y abril del 1968. Tiene un total de 99 diputados, distribuidos del siguiente modo: 30 católicos de rito maronita; 20 musulmanes de rito sunnita; 19 musulmanes de rito chi-ita; 11 cristianos greco-ortodoxos, pero de origen árabe; 6 ortodoxos-árabes de rito católico; 6 musulmanes pertenecientes a la secta especial de los drusos; 4 armenio-ortodoxos; 1 armenio-católico; 1 protestante; 1 católico de rito latino. En cuanto al presidente de la República ha de ser siempre maronita; el jefe del gobierno siempre sunnita; el presidente del parlamento siempre chi-ita; así sucesivamente.

Todos esos complicados repartos fueron establecidos por el pacto nacional que se concertó cuando, después de la Segunda Guerra Mundial, los libaneses se emanciparon del Mandato francés; y aunque en el principio se hicieron para garantizar el equilibrio político entre sectores de programas contrapuestos y a veces mal avenidos, después se han venido sosteniendo y consolidando gracias a un continuo auge de prosperidad económica por el cual han venido siendo libaneses los principales banqueros y cambistas del Este del Mediterráneo, donde afluyen los ingresos petrolíferos y otros muchos de Europa y los Estados Unidos. Entre todos ellos ha predominado el contacto económico con Francia, gracias a la cooperación de empresas francesas en servicios públicos del Líbano, y a la utilización dentro de Francia de capital libanés. En cuanto a los lazos culturales, el idioma francés sigue siendo en el Líbano casi tan usado como el árabe. Por lo cual, el «raid» israelí sobre Beirut tuvo en París repercusiones especiales, sobre todo en la actitud y las decisiones del presidente De Gaulle.

Como primer antecedente indirecto a las manifestaciones y las decisiones del Jefe del Estado francés pudo considerarse que pocas horas después del «raid» israelí en Beirut, el presidente de la República libanesa, Charles Helú, llamó al embajador de Francia, Pierre Millet, y en presencia del Jefe del Gobierno, Abdullah Yafi, y el ministro del Exterior, Hussein Ueini, le pidió expresamente que informase especialmente al Gobierno de Francia «como país especialmente amigo del Líbano» entre los miembros del Consejo de Seguridad. Segundo episodio fue en París, cuando durante la recepción de fin de año dada al cuerpo diplomático, De Gaulle habló contra «los actos exagerados de violencia... cometidos por las fuerzas regulares de un Estado, sobre el aeró-

dromo civil de un país pacífico y tradicionalmente ligado a Francia». Por último, a la salida del consejo de ministros que tuvo lugar en el Eliseo el miércoles 8 de enero, el Secretario de Estado, para la información, explicó las causas por las cuales el Gobierno francés acababa de prohibir todo envío de armas y de cualquier clase de material militar desde Francia a Israel; incluso municiones, vehículos y piezas de recambio.

En realidad, la decisión de la suspensión de suministros bélicos a Israel había sido tomada el día anterior y se debió a una iniciativa personal y directa del presidente de la República francesa, lo cual provocó una serie de reacciones (a veces incluso tumultosas), que en Francia y fuera de ella, en pro o en contra, prosiguieron durante el resto de enero. En París, una gran parte de la gran Prensa diaria y semanal (que, como es sabido, se encuentra muy ligada con los intereses sionistas) protestaba, porque ni la decisión sobre el embargo ni la declaración gubernamental habían sido tomadas en consejo de ministros y sin ocuparse para nada de la opinión de la Asamblea Nacional. También protestaba por el procedimiento, según el cual los representantes de Israel, en París, sólo fueron informados por teléfono de la decisión de suspensión y embargo.

Después de los comentarios, las glosas y las impresiones sobre la decisión de De Gaulle, destacaron en dos sectores sobre las causas y las posibles consecuencias.

Entre las causas, tanto los periódicos franceses más fríamente objetivos como algunos órganos de lenguas inglesa, árabe, española, etc., dijeron que había constituido un grave error por parte de Israel atacar al Líbano, que es uno de los países que tienen con Francia más lazos tradicionales; y que De Gaulle, habiendo vivido en Beirut, «siempre había considerado al Líbano como una tierra de influencia francesa». Así se llevó un gran disgusto cuando el año 1958 desembarcaron allí marinos norteamericanos. Otro motivo de indignación de De Gaulle pudo ser el de que los helicópteros que utilizó Israel en Beirut fuesen helicópteros franceses. Pero, por otra parte, también hubo periódicos (por ejemplo, *Le Monde*) en los que se recordó y subrayó como «*le général de Gaulle cède rarement à des considerations purement sentimentales*». Entonces, ¿pudo haber otras causas, fríamente calculadas que obrasen sobre lo brusco y seco de la decisión del embargo? La más convincente pareció ser la del juego de báscula que es tan característico en el creador de la V República. Como recientemente, y después del viaje de Debré a Washington, se estaba asistiendo a un deshielo en las relaciones franco-estadounidense, De

Gaulle sintiese la necesidad de dar otro paso al lado soviético, acentuando los gestos pro-árabes. Por lo menos, la decisión de la suspensión de envíos a Israel se dio cuando visitaba oficialmente París el vicepresidente del Consejo de la U. R. S. S., señor Kirilin.

En cuanto a las consecuencias, los comentarios favorables hechos en diversos sectores internacionales han dicho que la decisión oficial francesa ha sido el primer paso efectivo dado hasta ahora para detener la carrera de los armamentos en el Próximo Oriente. Pero juntamente se han hecho los contra-comentarios de que Francia, si se pelea con Israel, ya no podrá pretender ser una de las cuatro potencias que realizan una doble presión de acción para la paz y cumplimiento de las resoluciones de la O. N. U. Así se cita un comentario sionista, afirmando que «toda acción moderadora sólo puede ser eficaz si se considera imparcial». Además, dentro de la misma Francia se considera que en los empeños de conservar su mandato presidencial, De Gaulle no sólo se verá obstaculizado por los numerosos sectores pro-israelíes, sino incluso privado de la adhesión de los altos jefes militares franceses que son pro-israelíes en mayoría.

En cambio, dentro del Estado de Israel, y pasados los primeros momentos de indignación general (oficial y popular), el Gobierno se fijó en una cierta reserva y una espera de que las relaciones oficiales entre París y Tel Aviv «no podrán quedarse en una crisis indefinida». Por lo pronto, Israel no ha solicitado la devolución de las cantidades que entregó para pagar los armamentos embargados. Y el coronel Rafael Efrat, enviado especial del ejército israelí, continuó en París, donde había ido precisamente para el asunto de los suministros militares. Así, pues, y a pesar del entusiasmo con que en el Oriente árabe fue elogiada la actitud pública del presidente De Gaulle la impresión de última hora era la de que no podrían esperar un apoyo francés tan evidente y completo como creyeron en sus primeros impulsos.

Concretándose precisamente al Líbano, un tercer sector de hipótesis es el que De Gaulle, al mostrarse solidario con el jefe del Estado y los gobernantes de Beirut no haya pensado tanto en hacer un gesto pro-árabe frente a Israel, como en hacer «un gesto maronita» ante lo interno del régimen y el sistema nacional libanés. Respecto al régimen (sobre todo a sus formas institucionales, administrativas, etc.), el Estado del Líbano conserva el recuerdo de haber sido una creación artificial de la misma Francia, cuando ejercía en tierras del Levante arábigo su mandato por delegación de la Sociedad de Naciones, Líbano había sido hasta entonces sólo una provincia de la Siria natural. Al conver-

tirlo Francia en una república diferente, lo hizo con el propósito de que la rigiesen los cristianos maronitas, que eran la comunidad local más rica, más coherente y más afrancesada. Después de la independencia efectiva, obtenida entre 1944 y 1946, se hizo el pacto nacional que repartía puestos e influencias entre las diversas comunidades; pero con cierto predominio de las hegemónías (políticas y económicas) de los maronitas o sus colaboradores.

Ahora bien, como las posturas de neutralismo efectivo ante Israel, el deseo de irse quitando responsabilidades antes del incidente del aeropuerto, las acusaciones de desidia, incapacidad, etc., caían sobre los gobernantes más «derechistas» del sistema franco-maronita vigente, sería posible que si el pueblo del Líbano no ve remedio para un mejor gobierno, llegue a romperse el sistema del pacto. E incluso de que el Líbano tenga que fundirse con otro u otros territorios de lengua árabe (acaso con Jordania, o más posible con Siria). Así se esfumaría la huella francesa. De Gaulle, al buscarse un nuevo prestigio entre los países arábigos del Oriente no lo hace para sí mismo, sino para los que fueron sus apoyos en Beirut. A este gesto también ha pertenecido el envío desde París el día 17 de enero, de una misión militar de tres oficiales franceses para estudiar con los oficiales libaneses «los problemas de su defensa».

Ha sido también muy curioso observar que las mayores dificultades encontradas durante días y más días, por Rachid Karam, procedieron de la falta de deseo de colaborar por parte de los jefes de los tres partidos del llamado «bloque derechista». Este lo integran el Partido de las Falanges de Pierre Guemayel, el Bloque Nacional de Raymond Eddé y el Partido Nacional Liberal del ex presidente de la República Camille Chamún. Los dos primeros (que representan el sector más francófilo) habían formado parte junto con dos musulmanes afectos, de un gobierno restringido de cuatro carteras, que existía desde octubre, con carácter provisional. Todos fueron acusados de responsables e ineptos por la protesta de los estudiantes después de lo del aeropuerto, pero Rachid Karam, al formar un gobierno de coalición, tenía que contar con ellos, en vista de que disponen de la tercera parte del Parlamento. Pero después de que el 16 de enero Guemayel y Eddeh accedieron a ser ministros de Hacienda y Obras Públicas en un Gabinete de «unión y defensa» con 17 ministros, los dos dimitieron bruscamente.

A última hora, no sólo el Líbano, sino en todo el sector del Cercano Oriente centrado sobre Israel, los problemas de la que fue Palestina y el porvenir de la Liga Árabe de El Cairo, tienden a centrarse cada vez más sobre el desarrollo de las guerrillas como movimiento activo y del guerrillerismo como un nuevo

ideal. No se trata sólo de que las organizaciones de la «resistencia» armada que operan dentro de las zonas ocupadas por Israel luchan invocando un nuevo nacionalismo popular, sino de que ese guerrillerismo puede también volverse contra los actuales Gobiernos y los regímenes de los Estados árabes contiguos a Palestina, si éstos se muestran tibios, o ceden ante el empeño israelí de ir firmando la paz por separado con cada Estado. Sobre todo después de que el 17 del mismo enero se inició en El Cairo la creación del «Consejo Nacional Palestínés», donde se agrupan todas las organizaciones de resistentes, con cierto predominio de la llamada «Al Fatj».

Muy interesante e inesperado en la actitud del probable organismo de los guerrilleros árabes unificados es que ninguno de sus grupos de resistencia proclame el desechado principio externo que en 1967 enmarcaban dirigentes luego desechados (como fue Ahmed Chukairi), diciendo que se proponían «echar al mar a los israelíes». Los dirigentes guerilleros de ahora admitirían alguna forma de coexistencia árabo-judaica en la antigua Palestina, siempre que se hiciese de buena fe, y no fuese impuesta por nadie.

Esto puede no ser por ahora posible, pero sería lo más lógico, y en su favor pueden citarse comentarios hechos por dos autores parisienses judíos de tan buena fe como Maxime Rodinson y Raymond Aron (ninguno de los cuales representa al sionismo). Ambos han venido a decir que Israel debe mostrar buen sentido y dejar de creer que su porvenir deba estar en una «pequeña guerra permanente» de violencias y venganzas ciegas. La solución es tratar con quienes se baten; es decir, negociar en plan de igualdad con los guerrilleros, hacer la paz con ellos y llegar a buscar la convivencia con ellos, puesto que son los más directamente interesados. No los gobernantes de algunos Estados contiguos, que muchas veces son extremistas sólo para lograr efectos de política interna.

En todo caso la fecha del 20 de octubre, día en el cual comenzó la «Era Nixon» en la política estadounidense, inició una nueva etapa en la evolución palestina y la paz próximo-oriental; respecto a la cual ha llegado a ser evidente que no puede lograrse entre los Estados y regímenes locales, sino buscando y obteniendo de algún modo el concurso y la acción unánime de los «cuatro grandes». Sea o no sobre el texto de la propuesta francesa del mismo enero.

RODOLFO GIL BENUMEYA

